

De jóvenes, cuerpos y subjetividades

De jovens, corpos e subjetividades

About young people, bodies and subjectivities

Mahira González^{a,b}; Lucía Groposo^c; Valentina Iragola^{a,d}

Resumen

El presente artículo es el resultado parcial de una investigación llevada a cabo durante los años 2012 y 2013, con el objetivo de contribuir a la problematización y discusión de “cuerpo” y “juventud” como categorías analíticas. En este sentido, se propuso comprender los significados que diferentes “jóvenes” atribuyen a sus cuerpos, y las lógicas sociales y culturales presentes en los mismos. Partiendo desde un encuadre teórico que toma como principales referentes a Michel Foucault y Judith Butler, se realizó un diseño metodológico que atendió a conocer los discursos que atraviesan y estructuran los relacionamientos entre los jóvenes. Se llevaron a cabo seis grupos de discusión en la UTU de Solymar Norte (Canelones, Uruguay). A partir de la investigación realizada pudimos apreciar como la *biopolítica* desde la perspectiva facultiana, y el proceso de civilización de los cuerpos desde la mirada de Barrán, inciden en las construcciones corporales de estos “jóvenes”, influyendo en la estructura normativa de género y en la propia forma de construir la “juventud”.

Palabras-clave: cuerpo; juventudes; poder; sexualidad; normalidad.

Resumo

O presente artigo é resultado de uma pesquisa realizada entre os anos de 2012 e 2013, cujo objetivo foi contribuir à problematização e à discussão do “corpo” e da “juventude” como categorias analíticas. Neste sentido, propusemos compreender os significados que diferentes “jovens” atribuem a seus corpos e as lógicas sociais e culturais presentes nos mesmos. A partir do enquadramento teórico que toma como referências principais Michel Foucault e Judith Buler, realizamos um desenho metodológico que permitiu conhecer os discursos que cruzam e estruturam relacionamentos entre os/as “jovens”. Realizou-se seis grupos de discussão na UTU de Solymar Norte (Canelones-Uruguai). Por meio dessa pesquisa, pudemos perceber como a biopolítica, através da perspectiva de Foucault, e o processo de civilização dos corpos, sob o olhar de Barrán, influenciam nas construções corporais desses “jovens”, inclusive na estrutura normativa de expectativas dos usos dos corpos. Por meio dessa pesquisa, pudemos perceber como a biopolítica, através da perspectiva de Foucault, e o processo de civilização dos corpos, sob o olhar de Barrán, influenciam nas construções corporais desses “jovens”, e têm impacto na estrutura normativa de gênero e na própria forma de construir a “juventude”.

Palavras-chave: corpo; juventudes; poder; sexualidade; normalidade.

^a Licenciada en Sociología, Universidad de la República – UdelaR, Montevideo, Uruguay.

^b Cursando diploma superior de estudios y políticas de juventud en América Latina, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales – FLACSO, Buenos Aires, Argentina.

^c Estudiante de Licenciatura en Psicología, Universidad de la República – UdelaR, Montevideo, Uruguay. Contacto: mahiragonzalezbruzzese@gmail.com; lugroposo@gmail.com

^d Cursando Maestrado en Sociología, Universidade Federal de São Carlos – UFSCar, São Carlos, SP, Brasil. Contacto: viragola@gmail.com



Abstract

This article is a partial result of a research carried out during the years 2012 and 2013, with the aim of contributing to the problematization and discussion of “body” and “youth” as analytical categories. In this regard, the research focused on understanding the different meanings attributed by “young people” to their bodies, and social and cultural logics present on it. Starting from a theoretical framework that takes Michel Foucault and Judith Butler as main references, a study design that allows to identify speeches and structure traversing the relationships among “young people” was carried through. In this respect six *focus groups* in UTU of Solymar. This finding from this research illustrates how Foucault’s *biopolitics* and Barran’s influence on the gender’s regulatory structure and the way how to build the “youth”.

Keywords: body; youths; power; sexuality; normality.

Introducción

Apenas encendemos el televisor, salimos a la calle, utilizamos Internet, nos enfrentamos a imágenes de personas exponiendo sus cuerpos; escuchamos múltiples discursos que nos sugieren que lo cuidemos, lo respetemos y que usemos determinado producto, determinada dieta, para ello¹. El cuerpo de esta manera está presente en la cotidianidad de nuestras vidas, no solo como nuestro medio para vivir, sino también como mercancía, como fuente de deseo, como modelo estético a seguir: el papel del cuerpo ha cambiado; en palabras de Baudrillard, actualmente vivimos “[...] un redescubrimiento del cuerpo tras una era milenaria de puritanismos”. (BAUDRILLARD, 2009, p. 155).

Ahora bien, a pesar de esta relevancia del cuerpo como unidad de análisis, el cuestionamiento de la noción de cuerpo en sí misma es poco frecuente en los debates sociales en general. Diariamente escuchamos a partidos políticos, movimientos sociales y sectores de la opinión pública, debatir sobre temas como legalizar o no el aborto o el consumo de marihuana, regularizar o no el consumo de tabaco y alcohol. No obstante, no es frecuente que escuchemos problematizar las nociones de cuerpo que subyacen a esos debates. Así, coincidimos, con el sociólogo norteamericano Bryan Turner (1989), cuando reclama sobre la escasez de estudios sociológicos y la falta de problematización en general acerca de los rasgos sociales de los cuerpos.

Por otro lado, si bien encontramos actualmente gran interés social y teórico sobre las juventudes y la salud en general, y múltiples agentes sociales hacen referencia a “la juventud” y a sus prácticas respecto a temas polémicos como los ya mencionados; tampoco se tiene en cuenta el papel que juega el cuerpo en cada uno de estos fenómenos.

Por todo lo dicho es que nos propusimos como objetivo general tomar “al cuerpo” como categoría analítica, para comprender las construcciones discursivas producidas y reproducidas por jóvenes de la UTU de Solymar Norte, en relación a esta temática. En este sentido, buscamos analizar a partir de sus discursos, las lógicas sociales y culturales que normativamente construyen “esos cuerpos”. Procuramos problematizar por un lado la conceptualización universal de “cuerpo”, por otro la conceptualización universal de “juventud” en tanto esencia, en el sentido propuesto por Bourdieu (1990); ambas concepciones latentes en los diseños de políticas públicas en nuestro país.

La investigación fue llevada a cabo en el marco del programa “Apoyo a la Investigación Estudiantil” (PAIE), de la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC). El proyecto fue

¹ Idea expuesta por Valentina Iragola 2015, en el proyecto de investigación presentado para ingresar al Maestrando en Sociología (PPGS, UFSCar).



presentado y aprobado para financiación en el año 2012, contando con la tutoría del Profesor Sebastián Aguiar².

Debemos destacar nuestro agradecimiento a los docentes, en especial a las profesoras de UAL (Unidad Alfabetizadora Laboral) del grupo de FPB, y la buena disposición del director.

Metodología

En línea con los objetivos expuestos nos propusimos seguir un diseño metodológico cualitativo. Teniendo en cuenta que la UTU (Universidad del Trabajo de Uruguay) comprende una diversidad de perfiles de alumnos, decidimos realizar nuestro campo en el marco de estas instituciones. Fue así que procuramos la autorización del Director de la UTU de Solymar Norte (Canelones, Uruguay) Daniel Pollo y comenzamos el trabajo de campo a fines de junio del año 2013, el cual se vio interrumpido por las vacaciones de julio y fue retomado en agosto de ese mismo año.

Se llevaron a cabo seis grupos de discusión, cada uno con 3 o 4 integrantes. Tres grupos con jóvenes de FPB (Formación Profesional Básica) y otros tres con estudiantes de BT (Bachillerato Tecnológico). La distinción se realizó a partir del Informe PISA 2006 (URUGUAY, 2007), que concluye la diversidad socioeconómica entre las diferentes modalidades educativas, encontrándose los alumnos de BT en mejor situación que los de FPB. Por otro lado, procurando comparar la producción discursiva, distinguimos los grupos también por género, conformando dos con “mujeres”, dos con “hombres” y dos “mixtos”³. La propuesta se estructuró en base a cuatro dinámicas lúdicas y posteriores discusiones.

En este artículo nos enfocaremos en analizar dos de las cuatro dinámicas. En un primer momento, a partir del análisis de la primera (en la cual solicitamos que dibujasen el contorno de uno de ellos sobre un papel grafito, y que luego en grupos escribieran o dibujaran lo que para ellos representaba el cuerpo) abordaremos las conceptualizaciones, percepciones y significados de los/as “jóvenes” en torno a los cuerpos. En un segundo momento, ahondaremos en el análisis de las concepciones sociales sobre “sexualidad” que se encuentran presentes en sus discursos. Las mismas fueron procuradas con la propuesta de una dinámica que consistió en crear el desenlace de una serie de historias hipotéticas propuestas. En una tercera parte, nos proponemos discutir la construcción normativa de un cuerpo canónico, que se encuentra presente en las representaciones de los entrevistados, así como las consecuencias políticas del mismo.

Consideramos necesario, antes de abordar estas temáticas, problematizar los conceptos de sexo, género y cuerpo, sustanciales para el desarrollo de este trabajo. Desde una perspectiva analítica que toma como principales referentes a Judith Butler y Michael Foucault, entendemos que la sexualidad se construye culturalmente, en el marco de relaciones de poder contextualizadas socio-históricamente. En esta línea, Foucault afirma en su primer libro de *Historia de la Sexualidad* (FOUCAULT, 2008), que desde hace casi ciento cincuenta años, se encuentra montado un dispositivo complejo para producir sobre el sexo discursos verdaderos, a través de los cuales este y sus placeres, aparecen en el contexto de algo que puede llamarse de “sexualidad”. Por tanto, sería incorrecto hablar de sexualidad como algo “anterior”, “más allá” o “fuera de” las relaciones de poder.

² Docente e investigador del Departamento de Sociología, Universidad de la República, Uruguay.

³ Si bien subyace a los intereses de este trabajo discutir al respecto de la formación de estas categorías, consideramos interesante analizar comparativamente los discursos a partir de las interacciones entre quienes se definen “como mujeres” o “como hombres”, y en grupos donde interactúan entre sí, por lo que tomamos la decisión metodológica de utilizarlas para conformar los grupos.



En ese marco de relaciones de poder, es que determinados actos *performativos*⁴ construyen estilos corporales que son ficticios. El género, en este sentido, se refiere justamente a la estilización del cuerpo, que se produce mediante una sucesión de acciones repetidas dentro de un marco regulador muy estricto, que se cristaliza con el tiempo y crea la apariencia de sustancias, una especie natural de “ser”. En este sentido, actos, gestos y deseos crean el efecto de un núcleo interno o sustancia interior, produciendo y reproduciendo una idea ficticia de identidad, que va a ser normalizada como causa.

A partir de lo expuesto, el cuerpo con género, debe ser entendido como *performativo*, en la medida en que no tiene una posición ontológica diferente de los actos que conforman su realidad. Y esa realidad, ese estilo corporal construido disimula reiteradamente su génesis, disfrazando con la idea de un núcleo psicológico la formación política del sujeto. Es a partir de esta línea teórica que nos proponemos analizar los discursos que han resultado de nuestro campo.

Construyendo un cuerpo orgánico

el cuerpo muestra como sos por fuera, es como que sos alguien por fuera [...] Hay belleza interior y exterior [...] El cuerpo es como tu belleza exterior (Guillermo, grupo BT “mixto”).

el cuerpo es vital, hay que quererlo, cuidarlo y respetarlo como sea que nos haya tocado. Es el envase del alma [...] porque es así, cada uno sale como sale [...] el alma es más importante (Mariana, grupo FPB “mixto”).

Los fragmentos extraídos de las conversaciones con los “jóvenes” muestran una construcción discursiva en relación con el cuerpo entendido como “lo exterior”, “lo de fuera”. Se identifica en esta idea la construcción de un binarismo, donde la “exterioridad” se opone a una “interioridad”, representada esta última, por “lo que sos”, o “el alma”. En este sentido, mientras “el cuerpo” sería aquello que “te toca”, lo material, “el alma” que “es más importante” se representa como una esencia. Esta asociación de la corporalidad con una exterioridad, pensada como “envase”, en oposición a una interioridad o “alma” da cuenta de una concepción naturalizada de que existe un núcleo interior, que es construido y que representa el contenido o esencia de los sujetos.

Para problematizar estas nociones, es útil remitir a Judith Butler (2007), cuando afirma que todos los cuerpos nacen en determinados campos discursivos, y por tanto, que no existe la posibilidad de cuerpos anteriores a la cultura o más allá de ella. En este sentido, el cuerpo es una construcción cultural, y su concepción en términos de materialidad debe ser analizada como un efecto de las relaciones de poder del contexto en el cual se produce y reproduce. Al pensar “el cuerpo” como “lo exterior”, en oposición a un “núcleo interior” o “alma”, se afirma una noción de integridad del sujeto, en el sentido de una expectativa normalizada de coherencia entre ese interior esencializado y un exterior que es corporificado. La noción de cuerpo como “envase del alma” muestra una tecnología sutil y eficaz de poder que naturaliza y cristaliza (a partir de conjuntos de actos que se repiten cotidianamente, como vestirse, peinarse, caminar o comunicarse) la ficción de que el cuerpo debe “expresar tu interior”.

Este conjunto de expectativas sociales van a estar presentes a partir del momento en que “te toca” un cuerpo, incluso antes del nacimiento, en el momento en que el médico dice a los padres “es varón”, “es mujer” (BENTO, 2006). En este sentido, se espera que si al nacer

⁴ Judith Butler (2007), propone el concepto de *performance* como práctica reiterativa y referencial mediante las cuales el discurso genera los efectos que nombra. En este sentido, no se trata de un acto único en singular, sino de las reiteraciones de las normas o conjunto de normas que construyen estilos corporales, creando cuerpos sexuados que son ficticios.



“te toca” un cuerpo con vagina, “tu interior” se construya como “mujer”, y que por tanto, tus comportamientos sean “femeninos”. Este conjunto de expectativas depositadas en el/la recién nacido/a, se acompañan de otra que es similar en relación con el deseo, el cual se espera, se oriente hacia el “sexo opuesto”. Este sistema de géneros legitimados instaura y reproduce performativamente relaciones de coherencias y continuidad entre sexo (entendido como “natural”, biológico), género (asumido como la incorporación culturalmente formulada), y el deseo, entendido como “efecto natural” de ambas.

En línea con lo anterior identificamos, al estudiar los dibujos resultantes de la dinámica propuesta en los grupos de discusión, una localización espacial de ese “ser” o “núcleo interior” en la cabeza, precisamente indicado con una flecha que sale de la ilustración del “cerebro”. Un aspecto importante a resaltar es que esta asociación es más frecuente entre quienes se identifican como “varones”, ya sea en grupos de FPB o BT. Esto afirma, por un lado, la noción de corporalidad material de la que hablábamos anteriormente, ahora percibida como conjuntos de partes que pueden ser separadas, y que, a su vez funcionan como “espacios” donde son “alojadas” funciones sociales como pensar o sentir. Por otro lado, es posible identificar una asociación de la construcción de “ser varón” con una mayor racionalidad, en oposición al “sentimentalismo” que caracterizaría a “las mujeres”.

Esta constatación refuerza el planteo que venimos proponiendo. Esa identificación ficticia de los núcleos internos correspondientes a “hombres” y “mujeres” con características psicológicas “naturales”, construye y reproduce diferencias que jerarquizan el espacio simbólico. Mientras los hombres son identificados con concepciones de razón, racionalidad y por tanto con fortaleza, en el sentido de ser quienes no se dejan derrumbar por las emociones, las “mujeres” quedan asociadas a espacios de emocionalidad, y por tanto, de debilidad. Este tipo de representaciones pueden identificarse en la reproducción de frases como “los niños no lloran, eso es cosa de mujeres”, por lo que, una vez más, resulta necesario contextualizar estos discursos como reproductores de relaciones de poder que construyen a los sujetos políticamente.

La construcción discursiva de “cuerpo” como material y orgánico, debe ser contextualizada en el momento histórico que diversos autores llaman de modernidad, reconociendo que en sociedades primitivas y comunitarias lo que hoy conocemos como “interno” y “externo”, lo que hoy identificamos como corpóreo no era lingüísticamente formulado, presentándose una percepción de *totalidad* que nos resulta difícil de imaginar desde nuestras concepciones actuales (TURNER, 1989). Por tanto, esta distinción entre “cuerpo” y “núcleo” se trata de una construcción que se ha materializado en nuestra sociedad, y que deja ver ciertos discursos que pueden encontrarse en los saberes biomédicos, más precisamente en las concepciones de cuerpo que la anatomía y la fisionomía han procurado imponer (FOUCAULT, 2005). Estos discursos constituyen una forma novedosa⁵, contextualizada a partir de inicios del siglo XVIII, de control sobre los cuerpos, ya no a través de la disciplina, sino de la regulación: la salud se vuelve prioridad de todos. La medicina se vuelve el mecanismo primordial de regulación de la salud, no solo combatiendo las enfermedades, sino determinando formas de comportamiento para prevenirlas.

Revisando nuestra historia nacional, podemos identificar cuerpos completamente diferentes a inicios del siglo XIX. Según Barrán (1990, p. 100) este cuerpo era desenvuelto y desenfrenado

[...] pues estuvo escasamente encorsetado por: la ropa, las reglas de urbanidad, las convenciones emanadas de la tradición y las jerarquías sociales, el trabajo en locales cerrados y el pudor que siempre emana de las morales sexuales puritanas.

⁵ Cuando Foucault (2008) adjetiva como “novedosa” esta tecnología del sexo, no deja de reconocer el antecedente relacionado a la temática del pecado, que había tomado el cuerpo como elemento de control, promoviendo en forma coercitiva la confesión de todos los actos, pensamientos y emociones asociadas al mismo. Sin embargo, la califica como nueva en la medida en que ahora se escapa en lo esencial de la institución eclesiástica, y por mediación de la medicina, la pedagogía y la economía, el sexo no sólo se transforma en un asunto laico, sino en asunto de Estado.

Y ese cuerpo desenfrenado, también fue sucio. Parafraseando a Barrán, podemos decir que en esta sociedad, el cuerpo se encontraba vinculado a una sensibilidad que no se disgustaba ante los olores fuertes, e incluso hasta los valoraba si atañían a lo sexual, que no apreciaba el despojo de la limpieza, porque la misma además costaba tiempo y dinero. (BARRÁN, 1990). Va a ser con el proceso de modernización que el país transitó⁶, que podemos identificar la aparición de determinados discursos biomédicos, que apuntaron al *disciplinamiento* de los cuerpos. El nuevo proyecto de sociedad, explica Barrán, significó un modelo distinto de “hombre” y de “mujer”; distinto en relación con el “cuerpo bárbaro”⁷.

Va a ser a finales del siglo XIX y comienzo del XX, que estas maneras “excesivas” de sentir van a ser reprimidas y se va a construir un nuevo orden de sentimientos. En línea con un país que se moderniza, la sociedad uruguaya se plantea la necesidad de reducir el tamaño de las familias, es decir, de controlar la natalidad. Esto implica la promoción del control reproductivo y de la sexualidad, sobre todo en las mujeres. En este contexto, el culto a la virginidad reemplazará el antiguo culto a la fertilidad, y el sexo va a adquirir un poder desconocido y misterioso. “La sexualidad”, con la reforma educativa de 1877⁸, va a ser perseguida desde la infancia, siendo controlado el juego; impartándose para todos en forma obligatoria normas de comportamiento más rígidas en relación con sus cuerpos.

Podemos concluir así que la percepción organicista de los cuerpos, en tanto materia “que nos toca”, y que es subyacente a una concepción que fragmenta al individuo en dos partes su *ser* y su “envase”, que aparece materializada en los discursos analizados, es el producto de una construcción histórica y política.

El carácter cultural de la construcción de “el cuerpo” se ilustra en otro hecho que surge de la misma dinámica. Por un lado, en los grupos de FPB, prima una concepción corporal en tanto conjunto de órganos y de funciones.

Para nosotros el cuerpo es lo principal de la vida, las principales partes del cuerpo son los órganos, ejemplo el corazón; los órganos, los tejidos. Si nos falta algo de eso podríamos llegar a perder la vida.

En los grupos de BT, el cuerpo es representado como medio de interacción social; es decir, además de las funciones orgánicas, se suman funciones sociales. La siguiente cita ilustra lo expuesto, “[...] *el cuerpo es para mí el medio a través del cual haces cosas [...] o sea te relacionas a través del cuerpo*”.

En el informe Pisa de 2006, se concluye la diversidad socioeconómica existente entre estudiantes de los diferentes Bachillerato Tecnológicos y los grupos de Formación Profesional Básica, ubicándose los primeros en una posición más favorable. En línea con lo anterior, podemos afirmar el argumento de que la construcción cultural de “el cuerpo” no es uniforme, sino que se materializa de diferentes maneras dependiendo del contexto. En este sentido, un mismo discurso, promovido como un saber médico, es incorporado de diferentes formas en los distintos contextos, lo cual afirma el carácter relacional “del cuerpo”.

⁶ El proceso de modernización en Uruguay se ubica temporalmente a fines del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, y debe entenderse en el contexto de una economía capitalista industrial en expansión. Este proceso puede dividirse en dos grandes períodos: uno iniciado hacia la década de 1860 y extendido hasta fines de la década de 1880, en el cual se inicia un proceso de secularización del Estado que continuará en el segundo período vinculado con el Batllismo en las tres primeras décadas del siglo XX.

⁷ José Pedro Barrán publica dos libros que reconstruyen las sensibilidades de los uruguayos antes y después del proceso de modernización. En el primer tomo, publicado en 1989, describe a través de la violencia, los juegos, la sexualidad y la muerte, las maneras de sentir que se encontraban en el país durante la primera mitad del siglo XIX, calificadas por Sarmiento como “bárbaro”. Esta sociedad va a ser “disciplinada” durante la modernización, proceso al cual dedicará el segundo tomo, publicado en 1990.

⁸ La Reforma Educativa, realizada por José Pedro Varela durante el militarismo de Lorenza Latorre, estableció escuela primaria laica, gratuita y obligatoria.



Ahora bien, así como los discursos empíricos nos permiten comprobar que el cuerpo no es una materialidad biológica, previa a lo cultural, consideramos lo mismo puede ser dicho en relación a la edad, que suele tomarse como un dato objetivo a partir del cual se construyen las categorías “joven” o “juventud”, adhiriéndose a los mismos un conjunto de expectativas en relación a sus actos, que suele ser pre juiciosa en la medida en que no considera el carácter político de la construcción de esa esencia. A partir de todo lo expuesto, quisiéramos problematizar la misma idea de “jóvenes”, para lo cual adherimos a Bourdieu cuando propone que “[...] la edad es un dato biológico socialmente manipulado y manipulable” (BOURDIEU, 1990, p. 165). Y en esta misma línea, creemos como Martín-Criado (2005) que la definición de las problemáticas que toman lugar e interés en la agenda pública, como los “problemas de la juventud”, constituye fundamentalmente una acción política: no existen objetivamente en la realidad más allá del discurso de quien las construye. La construcción de determinadas problemáticas depende fundamentalmente de los intereses de quienes tienen el poder de definir como problemático determinado fenómeno social. La existencia de problemas sociales como hechos objetivos supone un trabajo político de construcción y selección de un ámbito de la realidad. En palabras del autor:

La definición de los problemas sociales siempre implica una serie de supuestos sobre qué (o quién) constituye el verdadero problema, y por tanto, cuál debe ser su solución. Esta definición es política: y depende de (y altera) la relación de fuerzas entre distintos grupos sociales. (MARTÍN-CRIADO, 2005, p. 87)

Para cerrar esta primera parte, queremos retomar la propuesta de que tanto “el cuerpo” como “la juventud” son construcciones culturales cristalizadas en la sociedad, producidas y reproducidas en los actos cotidianos y que envuelven relaciones de poder, normalizando expectativas de comportamiento “esperables” en la identificación de cada categoría. Y estas expectativas tienen consecuencias políticas de discriminación y estigmatización, por un lado, ante los fantasmas de la no coherencia entre sexo, género y deseo sexual, reproducidas en la construcción discursiva del cuerpo; por el otro, fantasmas reproducidos en relación con “los jóvenes”, lo cual podemos ver cotidianamente en los medios de comunicación cuando son vinculados, por ejemplo, con “actos delictivos”.

La sexualidad como ejercicio de poder sobre los cuerpos

En línea con la conceptualización de cuerpo desde la cual parte este trabajo, nos proponemos en este apartado acercarnos a comprender las lógicas sociales y culturales que configuran su reproducción. Desde esta perspectiva, al hablar de cuerpo estamos hablando de relaciones de poder, por lo que nos emprendemos en este momento a delimitar a qué nos referimos con el mismo.

Foucault (2008), propone que el poder no es una institución, ni una estructura, que tampoco se trata de una cierta potencia de la que algunas personas estarían dotadas, sino que hay que comprenderlo como una situación estratégica, compleja en un contexto social dado. El poder entonces, no es algo fijo, sino múltiple y producido a cada instante, y su éxito se encuentra en proporción directa con lo que logra esconder de sus propios mecanismos. En este sentido, el poder debe analizarse en sus relaciones con los diferentes saberes que han producido y producen efectos de verdad, como lo han sido el conocimiento médico al interesarse por la sexualidad específica de las mujeres; la pedagogía, en su interés por la sexualidad de los niños; o la demografía, cuyo objetivo consistió en regular y controlar los nacimientos.

Así, en esta misma línea de análisis, podemos comprender la propia concepción de cuerpo como producto de relaciones de poder, siendo que distintas ciencias (biología, medicina, fisiología, entre otras) procuran definirlo y clasificarlo. Al decir del mismo Foucault (1979), el dominio y la conciencia del cuerpo son adquiridos por el efecto de la ocupación del cuerpo por el poder: la gimnasia, los ejercicios, el desarrollo muscular, el cuidado por la higiene, son efectos del trabajo insistente y meticuloso que el poder ha ejercido sobre los cuerpos. Estas relaciones de poder son la base que posibilita el gobierno de unos cuerpos sobre los otros, es decir, que posibilitan por un lado el desarrollo de “*tecnologías de poder*”; y por otro, el gobierno de los hombres sobre sus propios cuerpos, “*tecnologías del yo*”. Ambas cumplen un papel central en la construcción de la subjetividad integrando la problemática de la gubernamentalidad. (FOUCAULT, 1990) En otras palabras, las *tecnologías de poder* refieren a capacidades desiguales de ejercer poder por parte de los distintos actores; el ciudadano común no incide en los estereotipos de belleza como los dueños de los medios de comunicación. Las *tecnologías del yo*, por su parte, refieren a la dominación del sujeto sobre su propio cuerpo, esto se ilustra al observar las intervenciones y prácticas que las personas realizan para transformar sus cuerpos, cuando buscan que se ajuste a un modelo ideal que ellos mismos sostienen.

Esta forma de pensar el poder complejiza los planteos marxistas de distinción entre dominantes y dominados. Presentando la idea de que el poder no es algo que se tiene, sino más bien que se ejerce a través de múltiples fuerzas que atraviesan al cuerpo. Al momento que estas fuerzas constituyen una determinada conceptualización del cuerpo, nos indican cómo este debe usarse y mostrarse. Se trata de determinados saberes que facilitan las intervenciones sobre el cuerpo. El discurso médico es por excelencia el saber que los regula y controla. Pensemos simplemente en las nociones de prevención que se han extendido a través de los medios televisivos de comunicación o panfletos que encontramos en paradas de ómnibus. Nos indican que usemos protector solar para prevenirnos de padecer cáncer en la piel, que no fumemos si no queremos sufrir cáncer en los pulmones, que realicemos media hora de deporte con determinada frecuencia para evitar tener colesterol elevado.

En esta nueva forma de dominación (*biopoder*), como ya veíamos, la salud y el cuidado de la misma se torna fundamental, cambiando la conceptualización e interpretación de los cuerpos; ahora los mismos ya no serán tomados como:

cuerpos escasos o numerosos, sometidos o insumisos, ricos o pobres, útiles o inválidos, vigorosos o débiles, sino más o menos utilizables, más o menos susceptibles de inversiones rentables, dotados de mayores o menores probabilidades de supervivencia, de muerte o enfermedad, más o menos capaces de aprendizaje eficaz. (FOUCAULT, 1991, p. 95).

Ese discurso del cuidado de la salud penetra los cuerpos de “los/las jóvenes” de maneras diferentes, regulando sus percepciones y sus acciones. Cuando se les propone una la situación hipotética de consumo de alcohol y sexo casual, podemos identificar diferentes reacciones. Para “los varones” de FPB, hay una distinción inicial en las preocupaciones que tendrían “mujeres” y “hombres”; es decir, para ellos, si la protagonista es “mujer”, su primera preocupación estaría dirigida a su salud e inmediatamente asociado, a la posibilidad de un embarazo. En cambio, si el personaje es “hombre”, esa preocupación no existiría, ya que, en sus propias palabras,

[...] *el hombre no duda, porque el hombre no conoce a la persona estuvo una vez sola y después se fue* (Martín, grupo de FPB, “hombres”).

Es posible identificar en estas representaciones, el carácter relacional del poder del cual nos habla Foucault. Por un lado, discursivamente se reproduce una noción de “sexo” asociada a la reproducción en el caso de “las mujeres”. Esta asociación, conlleva una expectativa de



comportamiento que las mismas “deberían” tomar en relación al cuidado de su salud. Y este tipo de expectativas, junto con otras, producen y reproducen la categoría misma de “mujer”, asociada a la reproducción de la especie. Siguiendo con Foucault, esos discursos se incuban en el interior mismo de un dispositivo de sexualidad, el cual construye la misma idea de sexo, y toma positivamente el cuerpo y el placer. Avancemos un poco más en esta idea. En la asociación presente entre “el sexo de las mujeres” y reproducción, se movilizan un conjunto de discursos que tienen origen en saberes médicos, y que actúan en los cuerpos con efectos disciplinarios. El “miedo al embarazo”, “preocupación por higiene” o “miedo a enfermedades”, pueden considerarse como miedos que aparecen cristalizados en los discursos de los/as entrevistados/as, y que se producen y reproducen en los actos cotidianos, a modo de estrategias que atraviesan y regulan sus placeres. Instauran formas de actuar y de sentir esperables para “mujeres”, de las cuales se espera que actúen responsablemente, y “hombres”, que en oposición, deben reproducir una “masculinidad” despreocupada por esos fantasmas, a modo de depredador sexual que “no piensa”, sino que actúa.

Esos discursos tomados como verdaderos, esos actos y gestos, regulan las conductas sexuales de “hombres” y “mujeres”, al tiempo que las reproducen y normalizan, reforzando el carácter binario de estas categorías.

Esas reproducciones discursivas nos permiten ver el papel crucial que juega la sexualidad en lo que Foucault llama *biopolítica*, entendida como el dispositivo por excelencia que permite el control más profundo e íntimo sobre los cuerpos. En el decir de Foucault, el sexo es el “pozo” del juego político, el sexo es el camino de acceso a la vida del cuerpo y de la especie. Representa una actividad corporal que puede ser vigilada y regulada, y al mismo tiempo tiene efectos a nivel global por sus consecuencias procreadoras. Como base que justifica la regulación del sexo se encuentra la preocupación por un cuidado de la salud a nivel general y la búsqueda de la purificación en el seno de la familia.

Hasta aquí problematizamos la noción orgánica de cuerpo, procurando pensar las consecuencias políticas que esta formación conlleva, y posteriormente, a partir del concepto de “sexualidad” propuesto por Foucault, algunas nociones a respecto del “sexo” que regulan los comportamientos y reproducen diferencias entre “hombres” y “mujeres”. En lo que sigue, nos proponemos avanzar en las reflexiones acerca de las producciones normativas que distinguen entre cuerpos “normales” y “no normales”, y las posibles consecuencias políticas.

Cuando “ser normal” está en juego

En línea con lo que hablamos anteriormente, las expectativas producidas y reproducidas performativamente cristalizan estilos corporales ficticios, que van a ser reconocidos como “normales”. En este sentido, en la reproducción cotidiana del ideal de “cuerpo femenino” y “cuerpo masculino” se construyen conjuntos de normas valorativas en relación con la estética que deben adoptar.

“Tener un cuerpo normal”, entendido como “cuerpo saludable”, aparece con fuerza en los discursos en todos los grupos. En este sentido, aparece como obligación moral el cuidarlo y respetarlo, entendido como forma de “cuidado consigo mismo”. El cuerpo representado como objeto material, aparece atravesado por discursos en los cuales se asocian ideales de belleza con ideales de salud, entendidas a su vez como responsabilidad de cada uno.

El cuerpo, en este sentido, no debe ser “amenazado” por cirugías estéticas o tratamientos, excepto cuando se realizan con el objetivo de “mantener un aspecto natural y saludable”. Este discurso se ilustra en el fragmento siguiente, en el cual, una “mujer” de uno de los grupos de BT plantea en relación con las cirugías estéticas lo siguiente:



si me decís que es una operación para la salud, que es necesaria está todo bien pero solo por sentirte bien y complacer a los demás como que no (Verónica, Grupo BT, “mujeres”).

En este sentido, cuando la cirugía tiene como objetivo “corregir” alguna “anormalidad” corporal, las mismas son aceptadas.

Mi tía se hizo una porque tuvo cáncer y tuvo que sacarse una pero hay otra gente que se opera por obsesión [...] no es algo que sea culpa de ella, tiene derecho a sentirse bien, no es por estupidez digamos, quiere tener un cuerpo normal (Grupo de FPB, Mariana, “mixto”).

Al definir al cuerpo como un reflejo de nuestra identidad profunda, se lo incorpora como “elemento de liberación personal”. Así como, en las sociedades capitalistas avanzadas, la lógica del mercado lo permea todo, abarca también esta lógica sobre el cuerpo, que emerge como un discurso de salvamento y vector de significación para materializar la idea de liberación y realización individuales. Más aún, se adquiere valor como sujeto en torno al cuerpo “que se tenga” (BAUDRILLARD, 2009).

Lipovetsky habla de un actual “culto narcisista” para referirse a la creencia acerca del derecho de las personas a auto realizarse, de la constante búsqueda de los individuos por el auto conocimiento y “[...] la búsqueda de una buena calidad de vida”. “El cuerpo” se inscribe también en esta lógica, por lo cual gana dignidad. Conforme apunta el mismo autor (LIPOVETSKY, 1983, p. 61)

[...] ahora debemos respetarlo, vigilar constantemente su buen funcionamiento, luchar contra su obsolescencia, combatir los signos de su degradación a través de un reciclaje quirúrgico, deportivo, dietético, realizado de forma permanente. El cuerpo se ha convertido en sujeto y como tal debe situarse en la órbita de la liberación, pero el interés febril que sentimos por nuestro cuerpo no es espontáneo ni libre, obedece a imperativos sociales.

Este “culto narcisista” implica una exigencia de individualización, se exige el encuentro con “uno mismo”, con la “propia identidad”; sin embargo las herramientas ofrecidas son las del mercado, generadas de forma estandarizada e impersonal, por lo tanto

[...] se genera estandarización a través de la exigencia de desestandarización: la normalización posmoderna se presenta como el único medio de ser verdaderamente uno mismo, o sea ser joven, dinámico, esbelto. (LIPOVETSKY, 1983, p. 63)

Así, en los discursos encontrados se reproduce la idea de que “el cambio” provocado por tratamientos corporales debe realizarse por “uno mismo”.

Cambiaron todo físicamente para agradar a una persona [...] capaz que si se relacionaban como ellos son, como son, pasaban mejor, capaz que hasta más cómodos porque eran ellos... (Lucía BT, “mixto”)

Siguiendo lo expuesto por Baudrillard, podemos entender que el hecho de cambiar el cuerpo por “factores externos” a la persona sea percibido como una “traición a ser uno mismo”, lo cual se ilustra en el siguiente fragmento,

cada uno tiene que estar conforme con el cuerpo que tiene, como que no vas a cambiarlo por algo, ni por alguien, cada uno es como es... (Antonella, grupo BT, “mujeres”).



En relación a las amenazas frente a esa individualidad, sólo en dos grupos es identificada como presión social la necesidad de seguir un modelo de belleza impuesto. En los demás grupos es visto simplemente como una presión ejercida por los otros, pero no definida. De todos modos, todos los grupos identifican en las personas con las cuales se relacionan, los portavoces de esa exigencia de cambiar. Se asume, por ejemplo, que la aceptación social es facilitada por determinado modelo corporal.

Las “mujeres” identifican una presión social mayor por “poseer” determinado modelo de estética corporal, sin embargo muestran un discurso de indiferencia con el mismo. Establecen que mientras “otras mujeres” son “perjudicadas” por la “presión social” de “tener un cuerpo bello”, ellas se “respetan a sí mismas”.

Yo pienso que la gente que es así no tiene que ser feliz porque sean perfectos por fuera, hay que hacerlo por uno mismo. Porque si es por uno mismo... tá te aceptas así nomás... pero como todo el mundo piensa ay ... esta está re gorda y eso... pasa todo el tiempo que la gente quiere ser como la moda o la sociedad o lo que sea... (Mariana, grupo FPB, “mujeres”).

En realidad en todos una parte de nuestro cuerpo que no nos gusta, hay algo que no nos gusta... pero cada uno es como es, no nos podemos cambiar porque... para complacer a los demás. [...] Capaz que podes hacer otro tipo de cosas para que la sociedad se sienta bien con vos... ser buena gente, compañerismo... (Carolina, grupo BT, “mujeres”).

Además, en ninguno de los grupos se cuestionan los resultados para los cuales se usan los procesos estéticos trabajados, es decir, se naturaliza el modelo de belleza generado por los mismos. Ninguno cuestiona que el cuerpo “tratado” por estos procesos no sea “bello.” Se propone el uso de otros procedimientos más “saludables”, como se ilustra en la siguiente cita.

[...] hay otras formas o sea [...] ellos buscaron el lado fácil. Si querés adelgazar podés hacer ejercicio [...] si querés tener músculos podés ir al gimnasio o sea el error fue de ellos porque terminaron teniendo otros problemas. (Micaela, grupo de FPB, mujeres).

En lo que refiere entonces al modelo de belleza ninguno cuestiona el resultado final sobre los cuerpos cuando se usan los tratamientos estéticos descritos, se asume que el “cuerpo obtenido” va ser un “cuerpo deseable”: “a pesar de que era linda no se sentía bien igual” (Jessica, grupo BT, “mixto”).

Por otro lado, podemos encontrar el mismo razonamiento cuando se les presenta el tema de la desnudez, en otra dinámica. En este caso, se vincula la legitimidad de mostrar el cuerpo desnudo dependiendo de la “condición” en que los cuerpos se encuentren. “No creo que con un miembro chiquito, tan chiquito se divierta” (Gastón, grupo FPB, “hombres”). Nuevamente se hace referencia a un cuerpo estereotipado como “aceptable” o “adecuado”, y lo que escapa a eso no es digno de ser mostrado.

A partir de lo expuesto anteriormente, podemos identificar la construcción discursiva de un cuerpo canónico o “normal” representado por un conjunto de adjetivos valorados positivamente, “natural”, “saludable”, “belleza exterior”, que a su vez son articulados en una matriz de coherencia esperable. Como antítesis de esta construcción se pueden identificar otros adjetivos, que van a ser valorados en forma negativa, como “cuerpo artificial”, “no saludable” o “feo”, lo cual ubica a quienes son reconocidos de esa manera en una posición jerárquica desfavorable, en diferentes grados pero siempre en el lugar de “anormal”.



Esa estética corporal inteligible, una vez más, es normativa, y se la debe comprender en el marco de un conjunto de saberes biomédicos que se encuentran en línea con la conducción del propio cuerpo mediante un trabajo obstinado e insistente que se propone administrar los cuerpos (FOUCAULT, 1979). En esta línea, no sólo se identifica la promoción un cuerpo “sano” como una estética performativamente producida y reproducida, sino que se promueve también que este se construya a través de realización de ejercicio, la adopción de gestos deportivos, y de la promoción de una dieta magra y nutritiva. En otras palabras, a través de la autodisciplina, en rechazo al “camino fácil”. La promoción de un “estilo de vida sano”, entendido como natural y activo, se transforma en responsabilidad personal, y por tanto, en una cuestión moral. El “bienestar corporal” no sólo es responsabilidad de cada uno, sino también una obligación.

Para concluir, podemos afirmar que en los discursos analizados se observan un conjunto de valores que regulan los comportamientos, produciendo y reproduciendo una estructuración normativa de orden de las relaciones sociales, presentándose en forma de parejas de opuestos, uno valorado en forma positiva, y el otro en forma negativa, al decir de Picard, (1986), un conjunto de *usos sociales*. Así, el “cuerpo joven” es valorado positivamente, asociado a “belleza” y “salud” (ambas entendidas como mutuamente dependientes). Se reproduce la idea de que el cuerpo “es bello”, sólo cuando es “joven”, y por tanto, “saludable” y “activo”; solo en los “cuerpos jóvenes” la estética y el deseo cobran sentido;

[...] el físico se va con los años y por mucho que te operes se te va a ir el físico [...] de todas formas ¿una señora de 80 años para que va a querer operarse? (Micaela, grupo de FPB, “mujeres”).

Envejecer, entonces, implica “perder el cuerpo”, haciendo referencia a la pérdida de sentido de “tener un cuerpo” si este no es bello, objeto de deseo, lo cual aparece como sinónimo de “joven”.

Conclusiones

Se resumen a continuación, las principales ideas a modo de conclusión. En primer lugar, se destaca la percepción común entre todos los entrevistados en relación con sus cuerpos. El mismo aparece como una materialidad, separada de un “ser” o esencia. En esta percepción subyace una noción de división entre “externo” e “interno”, y a partir de ahí, la noción de que existe un núcleo interno o identidad. En esa forma de pensar los cuerpos encontramos una justificación a la expectativa de coherencia entre un “sexo biológico”, “un género culturalmente adoptado”, y un deseo acorde a las dos anterior, lo cual “naturaliza” la construcción de los sujetos, ocultando su carácter político (BUTLER, 2007). A partir de lo anterior, problematizamos la misma noción de cuerpo con género, resaltando su carácter ficticio y performativo. En este sentido, observamos un conjunto de expectativas asociadas con los diferentes géneros, identificándose al “hombre” como ser racional, pensante, en oposición a un carácter sentimental asumido en la estética corporal de “la mujer”. Esas expectativas, sumadas a muchas otras, reflejan una matriz simbólica que ordena el espacio simbólico en forma jerárquica, por un lado, atribuyendo diferentes posiciones en las relaciones de poder entre “hombre” y “mujeres”, y por otro, estigmatizando los sujetos que no reproducen esa coherencia tal como es esperada. Lo expuesto nos llevó a pensar sobre el contexto histórico en el cual se construye la finitud del cuerpo, la separación entre “cuerpo” y “alma”, identificando en el proceso de modernización que Uruguay comenzó a transitar a inicios del siglo XIX la búsqueda por controlar la natalidad, el disciplinamiento de los niños, la promoción de higiene, y el control del juego (BARRÁN, 1990).



Posteriormente, presentamos la noción de poder trabajada por Foucault, y la forma como el autor lo vincula con el cuerpo. En este sentido, utilizamos los conceptos de *biopoder* y *tecnologías del yo* para problematizar los discursos de los/as entrevistados/as. Pudimos observar la reproducción de discursos que tienen un origen médico, y que atraviesan los cuerpos, organizando y regulando los placeres, diferenciando entre “hombres” y “mujeres”, lo cual nos permite ver empíricamente el carácter relacional y micro del poder.

Finalmente, presentamos la construcción de un modelo canónico de belleza, que valoriza “lo natural” como saludable y bonito, lo cual, como vimos, produce y reproduce un binarismo entre “lo normal” (así categorizado) en oposición con lo artificial, no saludable y feo, en otras palabras, lo “anormal”. Se fomenta un cuidado de la salud en términos de respeto y cariño por “uno mismo”, o sea, un cuidado de “lo exterior” como muestra de valoración positiva con “el interior”. Ese cuidado toma un carácter moral traducido en responsabilidad por el cuidado de sí.

Todo lo anterior nos llevó a problematizar tanto el concepto de cuerpo, como el de “juventud”, considerando que la misma lógica de esencialización de los cuerpos como “hombre” o “mujer”, lleva a construir nociones de “joven” o “adulto”. A partir del criterio de la “edad biológica”, se idealizan categorías de sujetos, que también de manera performativa producen y reproducen expectativas en relación con los comportamientos esperables a cada una de ellas. De la misma forma que los cuerpos con género son una ficción, los son los cuerpos “jóvenes”, y lo más importante de esto es el hecho de que esas categorías también son políticas, en la medida en que ordenan a los sujetos en relaciones jerárquicas. Frecuentemente escuchamos frases como “eres muy joven para opinar de este tema”, “no tienes edad suficiente para saber lo que quieres”, o “el sexo es cosa de adultos”, se posiciona a “los/ jóvenes” en relaciones de desigualdad ante “el mundo adulto”. En definitiva, tanto el sexo como la edad, pueden concluirse como construcciones performativas que, al ser materializadas históricamente como biológicas y por tanto legitimadas como naturales y objetivas, (por tanto pre-culturales) disimulan su génesis política.

Referencias

BARRÁN, J. P. El gozo del cuerpo. En: BARRÁN, J. P. *Historia de la sensibilidad Uruguaya. Tomo I. La cultura “bárbara” (1980-1920)*. Montevideo: Ediciones Banda Oriental, 1990. p. 100-106.

BAUDRILLARD, J. *La sociedad de consumo. Sus mitos, sus estructuras*. Madrid: Ediciones Siglo XXI, 2009.

BENTO, B. *Corpos e Próteses: dos limites discursivos do dimorfismo*. En: SEMINÁRIO INTERNACIONAL FAZENDO GÊNERO, 7., 2006, Florianópolis. *Anais...* Florianópolis: UFSC, 2006. Disponible en: <http://www.fazendogenero.ufsc.br/7/artigos/B/Berenice_Bento_16.pdf>. Acceso en: 10 set. 2015.

BOURDIEU, P. La juventud no es más que una palabra. En: BOURDIEU, P. *Sociología y cultura*. México: Editorial Grijalbo, 1990. p. 163-173.

BUTLER, J. *El género en disputa*. Barcelona: Editorial Paidós Ibérica, 2007.

FOUCAULT, M. *Microfísica del poder*. España: Ediciones La Piqueta, 1979.

FOUCAULT, M. *Tecnologías del yo*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 1990.

FOUCAULT, M. Las políticas de la salud en el siglo XVIII. En: FOUCAULT, M. *Saber y verdad*. Madrid: Editorial La Piqueta, 1991. p. 89-106.



-
- FOUCAULT, M. *Vigilar y castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI Ediciones; B. Nueva, 2005.
- FOUCAULT, M. *Historia de la sexualidad I. Voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI Ediciones, 2008.
- LIPOVETSKY, G. *La edad del vacío*. Barcelona: Ediciones Anagrama, 1983.
- MARTÍN-CRIADO, E. La construcción de los problemas juveniles. *Nómadas*, Bogotá, n. 23, p. 86-93, 2005.
- PICARD, D. *Del código al deseo: el cuerpo en la relación social*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1986.
- TURNER, B. *El cuerpo y la sociedad. Exploraciones en la teoría social*. México: FCU, 1989.
- URUGUAY. Programa Nacional ANEP-PISA. *Uruguay en PISA 2006: primeros resultados en ciencias, matemática y lectura del Programa Internacional de Evaluación de Estudiantes*. Montevideo: ANEP; CODICEN, 2007. Ciclo 2006. Disponible en: <<http://www.anep.edu.uy/anep/phocadownload/pisa/pisa2006/PISA%20URUGUAY%20-%20Informe%20Ejecutivo%202006.pdf>>. Acceso en: 03 nov. 2015.

Recibido: 04 jul., 2015
Aceptado: 19 set., 2015